

(...)

Imaginarios de la ciudad diversa

El espacio, las calles, los edificios y el paisaje urbano son significantes. Caminar por la ciudad lleva consigo la posibilidad de recibir e interpretar múltiples mensajes que hablan a sus habitantes, emiten señales e intervienen en los comportamientos. El habitante que tiene competencia cultural para comprender su ciudad puede interpretar, en diversas dimensiones, las señales que ésta contiene y descifrar, en la marea semiológica contenida en el espacio urbano, signos sensibles, estímulos, señales de identidad, prescripciones o prohibiciones que orientan sus prácticas. La competencia del nativo indica que su uso de la ciudad es una práctica cultural que permite el interjuego, la comunicación no explícita entre los habitantes, la posibilidad de elección entre múltiples trayectorias y, aún más, una precaria armonía en las transgresiones y formas de operar, de modo que el cúmulo de agresiones (provenientes del ambiente, de los vehículos, del ruido o de los vecinos) no llegue a hacer estallar el funcionamiento habitual ni interrumpa el fluir de la ciudad. El nativo posee saberes que le permiten emprender trayectorias complejas, la convivencia con diversas tribus en el espacio urbano.

La competencia ciudadana indica la capacidad de actuar con eficacia, abrirse camino en el laberinto de signos que la ciudad emite. Es preciso poder descifrar esos signos, hacer una labor de recepción, de lectura y comprensión que permita orientar las acciones. Una performance eficaz obliga a un desciframiento automático de sus múltiples señales, y ello implica poseer, tal vez sin tomar conciencia de ello, un tesoro de saberes.

"Los significados pasan, los significantes quedan", afirma Roland Barthes,¹ y esta frase podría aludir, en el caso de la ciudad, a la permanencia de los objetos (calles, edificios, monumentos) y al cambio en su significación. Los estudios sobre el lenguaje revelan que las palabras superponen, con el paso del tiempo, nuevos modos de significación. Su uso en otros contextos va imponiendo sentidos renovados a un viejo significante, que no obstante conserva en su intimidad restos de sus antiguos usos: diversas capas de significado ocultas en el espesor de la palabra. En el caso de las ciudades, pueden hallarse situaciones análogas: configuraciones urbanas que han persistido —que han sobrevivido al paso del tiempo y conservado sus rasgos materiales— van adquiriendo, sin embargo, una nueva significación. Partes de la ciudad son decodificadas de modo diferente por las varias generaciones, que les otorgan distinto uso o bien las perciben y vivencian de manera nueva, porque cada nueva generación se socializa con nuevas pautas de percepción y apreciación. Los significantes urbanos son percibidos, usados y apreciados de modos diferentes por los variados grupos que en ella habitan; cada grupo les otorga significaciones no coincidentes y a veces muy distintas, que varían en función de sus códigos culturales de clase, de etnia o de generación. Así, los integrantes de diferentes grupos que habitan la ciudad están relacionados entre sí por variables generacionales, étnicas o tribales y comparten códigos culturales, entre ellos modos de percibir y de apreciar. La misma ciudad, sus calles, casas o paisajes, son percibidos y descodificados de modo disímil: podría afirmarse

¹ Roland Barthes, *La aventura semiológica*, Barcelona, Paidós Comunicación, 1990, p. 262.

que cada uno de esos grupos imagina y vivencia una ciudad distinta. Habría entonces, en cierto modo, ciudades paralelas y simultáneas, pero diferentes si se las distingue desde la intimidad de las vivencias de los diversos grupos de habitantes.² Cada una de las subculturas que conviven en la ciudad posee sus propios dispositivos epistémicos que operan sobre su modo de percibir la ciudad. A veces personas de distintas generaciones o sectores sociales comparten el mismo tiempo y espacio, y transitan por una ciudad que se vuelve subjetivamente múltiple: modos de la realidad que se superponen sin tocarse, en mundos de vida que responden a historias, ritmos, memorias y futuros diferentes.

La ciudad cambia por las acciones que en ella se desarrollan y por la articulación material y simbólica de su tiempo y espacio. La ciudad es distinta entre el día y la noche. La ciudad nocturna es escenario de otros actores, escenarios, movimientos y vivencias. Es el tiempo de los jóvenes, que usan la nocturnidad como ámbito de mayor libertad para la fiesta y la diversión.³ También el tiempo de los trabajadores nocturnos y de escenas menos atractivas en guardias de hospitales, comisarías y velatorios. (...)

La ciudad desigual

La ciudad es también expresión de la diferenciación social: ésta puede ser leída y apreciada en sus calles y arquitectura, en la circulación e itinerarios de sus habitantes, en el cuerpo, ropa y gestualidad de los transeúntes, en el público de parques y jardines, en el alcance de los servicios que brinda, en el consumo ostentoso de algunos o en los índices de pobreza, carencia, enfermedad y privaciones.

La ciudad emite señales; diversos signos —de bienvenida o de rechazo, de invitación o de exclusión— influyen en los itinerarios urbanos de los distintos sectores sociales. Muchas zonas de la ciudad no son invitantes o más aún, son abiertamente hostiles para aquellos que no son considerados legítimos en ese entorno. La ciudad expresa las diferencias sociales y manifiesta todos los matices de la distinción. "Teodelina Villar cometió el solecismo de morir en Barrio Sur", satiriza Borges, al contar en "El Zahir" el empobrecimiento de una figura de la aristocracia, cuyo itinerario descendente se expresa en la localización cada vez menos distinguida de las viviendas que habita, recalando en sucesivos barrios en una progresiva devaluación de norte a sur, hasta llegar a atravesar en su caída el límite simbólico de la Avenida Rivadavia.

La diferenciación social se expresa de múltiples maneras en el interior de las ciudades. Los modos de referencia para indicar localizaciones jerarquizadas de modo diferencial suelen ser variados: en algunos casos se utilizan los puntos cardinales y a veces centro y periferia. En Buenos Aires, el norte indicaba distinción, barrios en que se edificaban mejores edificios y habitaba gente con mayor poder adquisitivo. El sur, designaba la vieja ciudad, relegada a conventillos o zonas de pobreza. En la ciudad había un centro, al que confluían los transportes, y que concentraba las oficinas públicas y privadas y las salas de espectáculo. Los flujos urbanos tenían que ver, y aún conservan, esa contradicción centro/periferia que todavía es visible en el traslado cotidiano de empleados públicos o privados de los barrios al centro, o de trabajadores de la construcción desde la periferia suburbana a los empleos urbanos. Pero la ciudad es múltiple y está en proceso de transformación: se diversifica y cambia. El centro material y simbólico se

² "Las ciudades, como los sueños, están construidas de deseos y temores, aunque el hilo de su discurrir sea secreto, sus normas absurdas, sus perspectivas engañosas, y cada cosa esconde otra." Italo Calvino, *Las ciudades invisibles*, Barcelona, Minotauro, 1990, p. 58.

³ Cfr. Mario Margulis et al., *La cultura de la noche: la vida nocturna de los jóvenes de Buenos Aires*, Buenos Aires, Biblos, 1997.

desplaza continuamente: shoppings y restaurantes, nuevos focos de elegancia y distinción en el plano de la moda o el espectáculo, se alejan del antiguo centro. Distintos barrios o suburbios configuran sus propios centro y periferia. Las modas y la especulación contribuyen a desplazar los ejes de la distinción y del consumo y cambian la fisonomía de vastos sectores de la ciudad. La búsqueda de seguridad y las nuevas autopistas generan nuevos nortes residenciales, pero ahora situados en la antigua periferia, localidades suburbanas en que se edifican barrios privados y countries. En ellos los pobladores se atrincheran, como en ciudadelas medievales, para eludir el auge de la conflictividad social, producto de una lógica socioeconómica que genera una capa con alto poder de consumo y segrega un enorme número de excluidos, que son vividos como "otro" peligroso.

La desigualdad social está contenida en múltiples signos de la textura urbana, más o menos visibles, pero que pueden pasar desapercibidos para los no iniciados. La ciudad se polariza entre, por una parte, un amplio sector con altos ingresos, cuyos miembros más jóvenes comienzan a abandonar los barrios residenciales, al calor de la amplia oferta de una *suburbia*⁴ dispersa, que les ofrece jardines, policía privada, buenos colegios, homogeneidad social y cultural. El otro polo, mucho más numeroso, el de los sectores más pobres, está instalado mayoritariamente en los vastos espacios conurbanos, en una periferia geográfica que se ha ido alejando de los sectores centrales de la ciudad en los que se concentra el capital y, por consiguiente, las posibilidades de ocupación o ingreso. Entre estos polos se extienden numerosos barrios de clase media, en gran parte empobrecida, pero que logra conservar su ubicación en zonas que disponen de todos los servicios urbanos y están menos afectadas por la distancia respecto de los lugares de trabajo. Estos sectores urbanos comparten pautas culturales pero, en múltiples casos, no se ajustan del todo a esas grandes clasificaciones, ya que en cada localidad suburbana se reproducen centro y periferia, norte y sur, y en el interior del casco urbano se encuentran zonas degradadas y bolsones de pobreza.

Las diferencias sociales se reflejan en la vida ciudadana, en los usos y comportamientos de sus habitantes. La diferenciación social es portada en los cuerpos y las vestimentas, las costumbres y los hábitos de consumo. Son signos que revelan la pertenencia de clase, de nacionalidad y de cultura de los habitantes de la ciudad; estos signos los identifican: son registrados y descodificados en su tránsito por la ciudad. De allí que haya señales de bienvenida o de disuasión que son particularmente inteligibles para sus destinatarios, y ello regula sus itinerarios y sus consumos del espacio urbano. En todo esto incide la "racialización de las relaciones de clase", que habla de antiguos procesos de discriminación y exclusión.⁵ Existe en la ciudad de Buenos Aires una apreciación diferencial hacia distintos sectores, en función de su origen étnico y cultural, que viene relacionada, por lo general, con su nivel socioeconómico. Características de los cuerpos y de la cultura están asociadas con la distribución espacial de los habitantes en el

⁴ *Suburbia* se suele usar, sobre todo en Estados Unidos, para referirse a las zonas residenciales situadas en las afueras de las ciudades. Además, parece tener una cierta connotación de clase, pues suele también remitir a sectores medios y altos.

⁵ Esta expresión "apunta a afianzar la siguiente hipótesis: que los fenómenos de discriminación, descalificación, estigma y exclusión que en nuestro país (y en América Latina) afectan a grandes sectores de su población —la más pobre, la que tiene menos oportunidades, la más marginada: la población de origen mestizo cuya distribución se acerca bastante al mapa de la pobreza— tienen su origen en el proceso histórico de constitución de las diferenciaciones sociales que se organiza, desde un inicio, sobre bases raciales. Este proceso persevera a lo largo de siglos y hoy se sigue manifestando de modo vergonzante en las clasificaciones sociales presentes en nuestra cultura". Mario Margulis, "La racialización de las relaciones de clase", en Mario Margulis, Marcelo Urresti et al, *La segregación negada: Cultura y discriminación social*, Buenos Aires, Biblos, 1999, p. 38.

territorio urbano. Las fronteras de la ciudad, algunas obvias, otras fronteras invisibles, son también muchas veces fronteras de clase y de rasgos corporales. (...)

La ciudad mediática

La ciudad se va tomando hostil, riesgosa, poco hospitalaria. En este aspecto, como en otros, la ciudad se diversifica: perduran espacios apacibles, vida de barrio, zonas transitables; pero en muchas calles y avenidas dominan los vehículos, la velocidad, la contaminación y el ruido junto con otras formas de violencia. En las zonas más densas y transitadas, en el centro, son frecuentes los obstáculos en las veredas, invadidas, privatizadas de hecho o de derecho, sucias, abandonadas, destruidas; pseudo-refugios para peatones invadiendo los espacios para caminar. Los vehículos para el transporte público —ante la desidia generalizada— parecen perseguir un ideal olímpico: más altos, más anchos, más largos, más veloces, más ruidosos, más contaminantes. Hay espacios hostiles en los que abunda el desorden y la amenaza, situaciones de desarreglo y hasta de caos, en vinculación con la pérdida de funcionalidad de los sistemas expertos, ante la indiferencia o la insuficiencia de la acción política. Tener competencia urbana supone para el habitante de la ciudad disponer también de los códigos necesarios para apreciar y actuar con pericia en tales condiciones, abrirse camino en la ciudad real. El peatón que cruza en las esquinas advierte rápidamente que su acatamiento estricto de las reglas no le garantiza seguridad. Existen pautas habituales y previsibles de infracción. El conductor competente se guía por las pequeñas señales de la infracción institucionalizada, sabe predecir y evitar las maniobras y zigzagueos de otros autos y colectivos, y juega las reglas del juego: posee los saberes y las destrezas necesarios para percibir y adecuar su práctica a los guiños y sutilezas que hacen posible desenvolverse en las condiciones existentes.

El espacio público, por lo menos en sus formas más obvias y tradicionales —calles y plazas— se torna hostil, dificultoso, inseguro: espacios de puja, de disputa, de circulación entre obstáculos. Progresivamente han dejado de ser espacios de comunicación, de sociabilidad, de interacción. El talante de la gente en la calle cambia: se torna desconfiado, el otro no es ya un conciudadano sino un obstáculo, alguien que obstruye el paso, que me puede robar o mendigar o que quiere vender. Retroceden las relaciones entre vecinos, la calle ya no es usada por familias que sacan su silla a la vereda, por chicos que juegan, sino que la calle, la vereda, niegan cada vez más su espacio para lo apacible, lo íntimo, lo sociable. La calle es un lugar de transacciones, de pujas, de circulación, de comercio, de compra-venta. En la calle hay que estar atento, defenderse.

Se restringen cada vez más los espacios urbanos para la sociabilidad, para la interacción, para el diálogo. La interacción, base de la acción colectiva y de la política, pierde su espacio público. Los ciudadanos no encuentran en la ciudad espacios suficientes para interactuar. La velocidad, el ruido, la hostilidad, los obstáculos, conducen a estrategias individuales para moverse en la ciudad con talante desconfiado y defensivo. La ciudad es cada vez menos un bien común, un espacio compartido, una patria. La ciudad se va volviendo ajena, y sólo podemos confiarnos, relajarnos y eventualmente ensayar alguna sociabilidad en nuestra casa o en algún oasis privado.

El *shopping* es un nuevo espacio social privatizado —una calle privada— en el que se instala una nueva sociabilidad condicionada por los mensajes del entorno, los agentes de seguridad y las insinuaciones metacomunicadas en las señales que emite el conjunto, referidas a las condiciones de ingreso y las pautas de comportamiento: no todos son bienvenidos: el shopping elige su público; en el shopping hay que consumir, si no se consume hay que circular. Confluyen la dinámica de la ciudad y, correlativamente, la de los medios de comunicación, para configurar nuevas formas de relación y de vida política. El espacio público por excelencia es hoy el espacio

televisivo (y, en general, la pantalla, en la que incide progresivamente Internet) y no es casual que en él se diriman los problemas de la representación política. Surgen nuevas formas de expresión de la vida política y se van reduciendo los espacios urbanos adecuados para el encuentro y las posibilidades de participación de los ciudadanos comunes, que en su comunicación e interacción pueden construir solidaridades; que pueden elaborar propuestas creativas al reunirse, informarse, interactuar. Este proceso es paralelo a la hegemonía del mercado, a la crisis del sindicalismo, al retroceso de formas más equitativas y humanas de organización de lo económico y de distribución de los bienes. La política tiende a transformarse en un ejercicio estadístico, la suma algebraica de voluntades aisladas. El ciudadano, se transforma en encuestado.

La ciudad actual, acaso como consecuencia de su gran tamaño, de la progresiva dependencia de sistemas expertos, de la edificación en altura, del enorme tránsito de vehículos, restringe los espacios para la interacción. Ello se agrava cuando reina la impunidad, los sistemas expertos funcionan mal y es difícil usar apaciblemente, y sin riesgo o conflicto, las plazas, las calles, las veredas. El habitante de la ciudad se refugia en su casa, desde donde se asoma a la ciudad por la ventana de la televisión. La ciudad massmediática contribuye al proceso de aislamiento.

La ciudad expulsa o la T. V. atrae. Es difícil establecer el factor prioritario, lo cierto es que la ecuación ciudad hostil/carencia de espacios urbanos para la interacción y participación / televisión abundante, contribuye a la tendencia a retener a la gente en sus casas y a la gestación de una nueva calidad de espacio público centrado en la pantalla.

La televisión se dirige a personas aisladas, a familias en sus casas. Pocos emisores y millones de receptores que tienen escasas posibilidades de diálogo, de respuesta. Cada vez menos espacios para la interacción. La sociedad sólo aparece como ficción estadística, como rating. El espacio público reaparece y se incrementa, pero en su reencarnación massmediática. Hay un espacio público virtual, frecuentado por todos, que a todos sirve: la T.V. cuida a los niños, hace soñar a adolescentes o ancianas, entretiene. Cunde la política televisiva que ha sustituido, casi por completo, a las formas de actividad política basadas en encuentros e interacciones personales. Ya no hay grandes concentraciones de personas o son cada vez más escasas. La representación política se impone ahora a través de máquinas publicitarias y se vende como un jabón. El político debe atender a su cara y a sus gestos, debe dar bien en la televisión, mostrar su perfil más favorable, decir frases cortas y eficaces, aprender a actuar frente a las cámaras.⁶ Ya no hay casi acción colectiva; la televisión genera televidentes, personas pasivas y aisladas que no tienen comunicación entre sí. Aparece entonces el gran aparato de simulacros: simulacro de interacción, simulacro de política, simulacro de opinión pública. Desaparecen el ágora y la plaza pública: lo público se experimenta en privado, en el aislamiento de las casas.

Hablar de la ciudad massmediática implica reconocer, más allá de la ciudad material y visible, otra ciudad que existe como experiencia cotidiana de sus habitantes. La comunicación y los flujos circulan por el éter televisivo y a medida que se va imponiendo la actual revolución técnica —que se concentra particularmente en el campo de la información y la comunicación— también la ciudad va registrando cambios, que si bien no impactan de inmediato en el plano más material y evidente, influyen sobre todo en sus usos y significados. En ese orden, y en el marco de la mundialización acelerada, derivada de la comunicación instantánea y del desarrollo de vínculos sin co-presencia cada vez más intensos que generan en el plano "virtual" una desaparición de las distancias, Paul Virilio acuña la expresión "metrópolis virtual" para referirse a la progresiva

⁶ Véase Beatriz Sarlo, "El audiovisual político", *Punto de Vista*, núm. 41, diciembre de 1991, pp. 18-20.

interconexión entre las ciudades del mundo, por lo menos para algunas actividades, alterando los códigos anteriores que regulaban los ritmos del tiempo y el tratamiento del espacio. Desde esta perspectiva, y para ciertas esferas —como las finanzas, las transacciones comerciales o las noticias las ciudades, situadas en distintos continentes, serían meros "barrios" o "suburbios" de una *metaciudad mundial*.

En esta metrópolis virtual la alternancia entre el día y la noche se desvanece, una temporalidad diferente disloca en el ámbito del tiempo planetario los modos acostumbrados de regular los ritmos de actividad y descanso, históricamente articulados en función de la luz o la oscuridad: "producto de la iluminación de las telecomunicaciones, surge un sol artificial, una iluminación de emergencia, que inaugura un tiempo nuevo: el tiempo mundial".⁷

Conclusión

Hemos procurado presentar a la ciudad como texto, enfatizando su dimensión significativa y la diversidad de lecturas posibles. También nos hemos referido a la ciudad múltiple, a los modos distintos de vivirla y percibirla, a las variadas construcciones de realidad y de sistemas perceptivos que se suman a la multiculturalidad de nuestro tiempo. La desigualdad social se materializa en la ciudad, y en algunos aspectos ésta es más explícita que el lenguaje. Finalmente, ingresamos en el plano de la ciudad massmediática —mundo virtual superpuesto a la ciudad material— y apreciamos la velocidad de los cambios y el impacto de las tecnologías de la comunicación e información, que contribuyen a difuminar los límites y oscurecer los aspectos identificatorios, al convertirse, desde cierto ángulo, las ciudades particulares en suburbios de una única "metaciudad" virtual.

Para concluir, es importante destacar que las transformaciones que la ciudad experimenta van diluyendo su condición de lugar de encuentro con los otros y de espacio de interacción y participación. Los habitantes viven y transitan en una ciudad cada vez más ajena e inaprensible y son clasificados en categorías del anonimato: "consumidor", "contribuyente", "respetable público", "encuestado". Cambia la ciudad, se trasladan las fronteras internas. Con las transformaciones en su funcionamiento varían los signos y sus significados y ante la progresiva reducción de las condiciones que tornaban a la ciudad humana y habitable, sus habitantes se enfrentan con una crisis que erosiona el ejercicio de la ciudadanía y su participación en la construcción de la cultura.

Postscriptum

Meses después de escrito el texto que antecede, los hechos ocurridos en Argentina proponen un nuevo examen de algunas de las hipótesis planteadas, sobre todo aquellas referidas a la carencia de espacios en la ciudad para la expresión y diálogo entre sus habitantes y, en general, a la crisis de la interacción en el ámbito urbano.

En la segunda quincena de diciembre de 2001 se agudizaron las expresiones de disconformidad y el gobierno nacional, que había sido democráticamente elegido hacia poco menos de dos años, se sintió obligado a renunciar. A esto siguieron soluciones políticas relativamente débiles, que emanaron del Congreso Nacional con el consenso de los gobiernos provinciales.

A partir de esa fecha, y hasta el presente (mayo de 2002), pocos meses después, fue notorio el aumento en la participación de habitantes provenientes de distintos sectores urbanos y la aparición de nuevas y variadas formas de interacción. Las calles y espacios abiertos de la ciudad,

⁷ Paul Virilio, *La bomba informática*, Madrid, Cátedra, 1999, p. 23

las carreteras y las plazas, se han convertido en teatro, no sólo de ruidosas expresiones de protesta, también de fuerte impugnación hacia los modos en que se desenvuelve la política y de reflexión y debate acerca de las formas de representación vigentes. Los métodos de protesta y de expresión son imaginativos y diferentes, desde marchas y piquetes (bloqueo de carreteras) sobre todo por parte de sectores populares, hasta ruidosos cacerolazos con la intervención de muchas mujeres de distintas edades y asambleas barriales deliberativas protagonizadas principalmente por sectores medios urbanos.

Los acontecimientos son demasiado cercanos para poder extraer conclusiones, pero es importante advertir que se ha producido un cambio significativo que ha sacudido la pasividad y la inacción. Grandes sectores de la población salen a la calle, reclaman participación, impugnan y descalifican las anteriores formas de delegación y la sustitución de su soberanía. El espacio público se convierte en escenario de asambleas, tienen lugar ruidosos reclamos y marchas vibrantes, el protagonismo de los habitantes ha iniciado una nueva etapa.

Junto a estas manifestaciones, y como parte de la crisis económica y social que les ha dado origen, aparecen también nuevas formas de solidaridad y apoyo mutuo y originales modalidades de intercambio, producto de la iniciativa popular. Se destacan entre estas nuevas expresiones los clubs de trueque, que se han desarrollado con extraordinaria rapidez y pujanza en numerosos lugares de la ciudad y su conurbano, al igual que en ámbitos provincianos, como alternativa y desafío al claudicante mercado capitalista. Ponen en acción un ámbito de intercambio de bienes y servicios, sin ganancia, sin trabajo asalariado, sin crédito y sin burocracia y, sobre todo, al margen de la intervención del estado o de las empresas. Desde luego que estas formas precapitalistas no constituyen una solución para la situación productiva y financiera del país, pero brindan salidas dignas a las carencias de la coyuntura que mucha gente aprovecha y que permiten, para muchos, una modesta posibilidad de subsistencia.

Un eje que atraviesa esta transformación es la profunda crisis económica, acompañada de una no menos profunda crisis en la política. Buena parte de la población, defraudada y empobrecida, pone en cuestión todo aquello que poco antes connotaba autoridad, trátase de personas, de discursos o de mensajes de los medios. Quienes medían su popularidad por votos, por encuestas o por rating, son ahora cuestionados y estigmatizados. La crisis, el desempleo, la falta de dinero, la frustración, el sentirse engañados, defraudados y despojados, ha llevado a mucha gente a sacudir su inercia, a inventar nuevas formas de expresión, de encuentro y de protesta, a deliberar en busca de soluciones. Este es el estado en que se encuentra nuestro país y nuestra ciudad: un momento de ruptura con los antiguos ídolos, una etapa de protesta, de indignación, de búsqueda, de movilización que contrasta con la reciente pasividad. La ciudad está escribiendo un nuevo texto que todavía no estamos preparados para descifrar.

Margulis, Mario (2002) "La ciudad y sus signos", en *Estudios sociológicos Volumen XX: N° 60*. Mayo 2002